

## El adiós

Parecía que la primavera no quería llegar nunca, ya de por sí el invierno era duro como para que la primavera se hiciera de rogar.

El Gran Lago continuaba helado y no había indicios de que ocurriera lo contrario. Se recogió el pelo negro que el fuerte viento le había envuelto en su cara y miró de reojo a la manada de perros. Estaban tranquilos, quizás exhaustos por la larga caminata. Su fiel Törk se acurrucó a sus pies dándole calor e indicándole con sus ojos azules que se sentía a gusto con su ama.

Hace unas horas que habían salido del pueblo, necesitaba estar sola. Como mucho gritar a sus perros y al viento, sentir el frescor en sus mejillas y sentir como el trineo de deslizaba por la nieve. Necesitaba pensar. Pronto, antes de un mes abandonaría su pueblo para una temporada o quizás para siempre. El Jefe del poblado había decidido enviarle a una misión a otro lugar a muchas leguas de distancia. No le había dado tiempo a reaccionar y hoy era el primer día que se planteaba la situación en serio.

Sabía que su próximo destino iba a tener lugar al otro lado del Gran Lago y que posiblemente todo le iba a ir bien. Lo había decidido así. Su mirada estaba perdida en el horizonte. "¿Qué me depararía en los próximos días?". Törk le contestó que sentía ya hambre, así que les dio de comer con rapidez. Ella también comió algo, la verdad era que no tenía mucha hambre, algo raro.

Dejó a los perros que se esparcieran, se calzó las raquetas y emprendió la marcha en dirección al bosque. Törk la seguía a distancia, dándose cuenta que tenía que pasar inadvertido. Sin embargo no la perdería de vista. Se dejaría matar por el Oso Blanco antes que le sucediera algo a su inseparable ama.

Aeren con paso decidido, quería llegar hasta la cabaña de Saint Quintín para hacer fuego y comer algo caliente. El urogallo cantaba a lo lejos. Törk también lo oyó. Se desprendió bastante nieve de las ramas de un gigantesco alce, "¿llegará ya la primavera?". Aeren calculó que todavía le quedaba un ratillo de caminata, no le importaba, sabía que Törk iba a su lado. Le sonrió.

Tenía ciertas dudas sobre su futuro, algo de respeto y mucha ilusión. El pasado lo superaría con holgura. Dejaría atrás a su gente, unos días de nostalgia...Echaría de menos las excursiones a los torrentes en verano. Recordó el agua fresca de los primeros baños estivales. De repente se acordó de aquella canción que cantaban a la luz de la hoguera las noches de luna llena. "¡qué bien lo pasaba con ellos!"

“¿La echarían de menos a ella?. Törk se adelantó persiguiendo a una liebre. “Seguro que sí”, pensó. “¿Qué, nada majo? Le preguntó a Tork. El perro agachó la cabeza resignado, “son muy rápidas para ti, tienes que adecuarte a tus posibilidades”.

A lo lejos divisó la cabaña, tenía ganas de sentir el fuego, por ello aceleró su marcha. La puerta se resistía, la empujó una vez con el hombro. Nada. Lo tenía claro la puerta, de un patadón la abrió de par en par. Chirriaron las bisagras y una astilla voló por los aires.

Encendió la lumbre y pronto se caldeó el ambiente. Asó un trozo de reno que llevaba consigo y se lo comió en un santiamén. Menudo saque. Törk acudió donde ella y su precioso pelo tapó parte de su cara. Se fue sumergiéndose en un agradable sueño. “¿Y Törk?” Súbitamente le abrumó el pensar que se tenía que desprender de él cuando se fuera. Sabía que no podía ir con ella. Hasta ese momento no lo había pensado. Estaba tan acostumbrada a él que formaba parte de su vida. Sabía que iba a ser duro para él, sabía que durante un tiempo andaría a la deriva de rincón en rincón buscándola. Sabía que acabaría olvidándola y que jugaría y corretearía con otra persona por la nieve. Se apenó profundamente.

Acarició su nuca con dulzura.

Decidió regresar. Un tímido rayo de solo se atrevía a desafiar a las amenazantes nubes. Su cara lo agradeció. Durante la vuelta Törk no hizo ninguna gracia, intuía que le quedaban pocos momentos con Aeren. Su paso no era el vivo de otros días. Además caminaba a cierta distancia. Había comenzado el deshielo.

El resto de los perros les recibió alborozados, sus ladridos se repetían infinitamente como consecuencia del eco. Armó el trineo, colocó al frente de todos ellos a Törk. La manada comprendió que su guía no estaba como otros días, ni siquiera respondió al zarpazo cariñoso de Luhovy, el samoyedo más pequeño de todos, que siempre estaba dispuesto a tocar la moral.

Dejaron atrás el Gran Lago y enfilaron en dirección al pueblo. Durante unos instantes pensó que la próxima vez que acudiría al Gran Lago era para cruzarlo y no volver en una temporada. Al fondo ya se divisaban las luces. Pronto llegarían.

Saludó con un movimiento de cabeza a unos amigos que se dirigían a la taberna a beber y a coquetear con las mujeres de Madame Marguerite La Rochelle. Llegó a su casa, allí soltó en el patio a los perros. Encendió el candil y cogió un libro que acababa de comprar al buhonero Simon, un viejo siciliano de Corleone que se había instalado

en Neuf Boucau. En Simon´s se vendía desde crece pelo hasta velas para la Virgen, pasando por algún libro que lo endosaba a algún despistado. La novela se desarrollaba en París, una ciudad que según el viejo buhonero era el sueño de cualquier hombre.

Cuando iba por el segundo capítulo se dio cuenta que Törk no había entrado a su habitación como cada día. Se levantó para saber donde estaba, lo llamó. No respondió. Salió fuera, allí estaba en la oscuridad mirando a las estrellas, se acercó más y pudo comprobar como algo brillaba en su cara. La luna se reflejaba en una lágrima que salía de sus preciosos ojos.